

vantarse'?. La distancia que se puede observar entre significado transitivo e intransitivo, en una relación de causa a efecto ('socavar' .- 'precipitarse'), no es mayor que la que hay entre dos nociones transitivas, vistas como antecedente y consecuente del mismo proceso ('socavar' → 'precipitar'). Creemos, pues, que la estrecha relación semántica de los significados transitivo e intransitivo de *ruo* deja fuera de lugar las hipótesis que se proponen dividirlo en dos verbos distintos.

Los verbos que significan 'escupir' mantienen correspondencias claras en las diversas lenguas indoeuropeas. Se trata de una acción que se presta a la expresión onomatopéyica, pero es difícil ponderar hasta qué punto puede haber influido este factor en la estabilidad o variación de las formas. Para el presente latino *spuo*, que constituye una innovación, se ofrecen diferentes soluciones; no obstante, todo parece indicar que es una formación secundaria a partir de una raíz aorística. También *suo* se presenta como una innovación respecto del presente protoindoeuropeo que permiten reconstruir otras lenguas; pero se carece de datos seguros para precisar en qué condiciones se ha producido su modificación y a qué causa, entre varias posibles, se debe. Quizás ha sido la analogía de otras formas verbales la que ha conservado la *-ū-, pues de otra manera, por la ley de Thurneysen («*pius*-Gesetz»), habría dado **sīo*, en vez de *suo* (cf. *fīo*); asimismo se habrían esperado **līo* y **spīo* por *luo* y *spuo*.

Está claro que el objetivo común de estas tres investigaciones en torno a la formación del perfecto latino en -u-, a cuatro verbos en nasal y otros cinco en -u-, es demostrar que se pueden explicar sin recurrir a la teoría de las laringales; lo cual, después de tantos años de furor laringalista, no es pequeña aportación. Treinta páginas de bibliografía en un estudio tan específico dan idea de la información y erudición que despliega el autor; y ello se comprueba a cada paso, en el desarrollo teórico de cada hipótesis, o con sólo abrir el libro y ver que las notas de carácter bibliográfico ocupan, salvo en las conclusiones, casi la mitad de cada página. No en vano detrás de este libro hay toda una tesis doctoral. Un índice de voces protoindoeuropeas, latinas y de las demás lenguas indoeuropeas hace muy fácil su consulta.

Universidad Autónoma de Madrid

Benjamín GARCÍA-HERNÁNDEZ
benjamin.garciahernandez@uam.es

FRANCISCO GARCÍA JURADO, *Introducción a la semántica latina. De la semántica tradicional al cognitivismo*, Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos Anejos (Serie de monografías, 1), Servicio de publicaciones, Universidad Complutense, Madrid, 2003, 128 pp. ISBN: 84-95215-70-5.

Nos propone F. García Jurado, en los cinco capítulos que componen esta obra, un recorrido por algunos de los aspectos más relevantes por los que ha ido transitando el estudio del significado, desde los ilustres precedentes de la antigüedad a las tendencias novísimas. Y ello para mostrarnos, en última instancia, una personal forma de hacer en la que, al menos *a priori*, no se descarta ninguna opción que pueda resultar útil para el estudio del léxico de una lengua que únicamente podemos abordar por la vía de un *corpus* de textos cerrado.

Remontándonos muy atrás en el tiempo, partimos en el capítulo 1 («Etimología y semántica») de las primitivas concepciones sobre el poder mágico de la palabra y de la

posterior reflexión precientífica sobre el contenido, en la que laten ya algunos rudimentos –la práctica de las *differentiae* y la especulación etimológica– de lo que terminará por convertirse en una disciplina lingüística con entidad propia sólo mucho después. Tras aportaciones como las de M. Bréal o F. de Saussure, asistimos al despegue de la «ciencia de las significaciones», durante el que se van desgranando y describiendo fenómenos como los de polisemia, homonimia, sinonimia..., conceptos todos ellos que, en lo sucesivo, serán incluidos en los estudios onomasiológicos y semasiológicos. En efecto, pese a su trascendencia, estos autores no supieron penetrar en el secreto último del signo lingüístico: su carácter tripartito; y confundieron por tanto el doble movimiento de abstracción que en él subyace: la simbolización, que nos trasporta del significado al significante, y la referencia, que vincula a aquel –y, de resultas, también a este– con su referente en el mundo extralingüístico. Sólo a partir de esta revolución podemos estudiar el significado como entidad autónoma sin necesidad de aferrarnos a un asidero material. A estas cuestiones y otras más está dedicado el capítulo 2: «El significado léxico: de las parejas de sinónimos a la oposición léxica», con el que llegamos a un buen entendimiento del punto de partida y el valor de la Lexemática, según la concibió, fundamentalmente, E. Coseriu, y su postura frente a las perspectivas bipolares precedentes. Aunque la idea se encuentra prefigurada ya antes, es este autor quien, aplicando los postulados que la escuela de Praga derivó del estudio de la Fonología, muestra de manera sistemática cómo los propios significados nos ahorran esfuerzos de abstracción y limitan nuestros ejercicios de imaginación, pues son ellos mismos los que se definen los unos con respecto a los otros. Y es él, igualmente, quien nos ha proporcionado unas útiles herramientas para el estudio funcional del léxico: las estructuras lexemáticas paradigmáticas y sintagmáticas, tratadas de manera concisa en el capítulo 3 («La estructura léxica. ¿Se puede estructurar el léxico?»). Allí mismo se resumen además los principales aspectos del análisis de las relaciones clasemáticas, propuesto por B. García-Hernández, pionero de la aplicación de los planteamientos coserianos a la lengua latina y encargado, por cierto, de prologar esta obra. De la solvencia del modelo dan buena cuenta tanto trabajos suyos como los llevados a cabo bajo su magisterio. Y, según señala García Jurado, posee el valor añadido de que, dado el carácter general de las estructuras léxicas, permite un estudio en paralelo al de hechos de orden gramatical. Pero quizá uno de los principales logros que ha alcanzado la Lexemática latina –gracias al mencionado método y al exhaustivo estudio sobre el sistema preverbal latino que llevó a cabo su mismo autor–, sea el de haber dado cuenta de importantes parcelas de significado, no ya a partir de criterios interlingüales, diacrónicos o de frecuencia, tal y como antes se venía haciendo, sino desde el interior del sistema que conforma la propia lengua. En este sentido, resulta muy ilustrativa la presentación confrontada de dos ejemplos de inventarios del mismo material léxico, desde las perspectivas de la tradicional lista de palabras, con sus respectivas traducciones, y la de su representación lexemática, que recoge de manera sucinta la ubicación particular de cada lexema en función de las relaciones clasemáticas y oposiciones que establece con otros elementos funcionales (pp. 62-63). La plasmación completa de una representación del léxico como la esbozada aquí supone el sueño de cualquier lexicólogo que se inserte en esta escuela; todavía queda mucho por hacer y sería necesario dar el salto definitivo a categorías no verbales, pero no es difícil que lleguemos, con esas herramientas y estímulos, a un conocimiento del léxico latino que permita abordar una obra integral de este tipo.

Con el capítulo 4 («El campo léxico, ¿talón de Aquiles de la Lexicología?»), en el que se pasa revista a los distintos avatares de esta estructura y a los principales conceptos so-

bre los que se articula, alcanzamos ya una visión completa de lo que hace poco se ha convertido, por la irrupción de un nuevo paradigma, en el modelo clásico de investigación lexicológica, al menos en lo que a la lengua latina se refiere. Pero, a pesar del carácter canónico que ha ido adquiriendo, la Semántica estructural –la Semántica en general– no ha quedado exenta de críticas; en realidad se ha visto impelida a lidiar tanto con quienes no quieren reconocer su carácter científico, como con aquellos que la de-nuestan por ver en el estudio del léxico «un escollo a las pretensiones de independencia del nivel de lengua sintáctico» (p. 30). A causa de prejuicios como estos –sin duda relacionados con el hecho de haber sido la última en llegar– y a diferencia de otras disciplinas en las que determinadas ideas, en ocasiones erróneas, se transmiten y perpetúan de manera acrítica, esta se ha visto en cierto modo obligada a revisar cíclicamente incluso sus postulados básicos. Sin embargo, de esa continua justificación, ocasionalmente rayana en la paranoia, toma conciencia de sus limitaciones y resulta fortalecida. Y eso se traduce, además, frente a visiones autoritarias, en posiciones integradoras que, como demuestra este libro, resultan siempre más enriquecedoras. Su autor no desdeña aportaciones de orientación sintáctica (fundamentalmente las de corte funcionalista y emanadas de la escuela de Ámsterdam), ni el criterio estadístico. Advierte de la posibilidad de derivaciones hacia otros tipos de análisis, literarios, por ejemplo. Reconoce los méritos de la Semántica bipolar y muestra la manera en que el modelo mejorado, el tripolar –de cuyos méritos no duda nadie que conozca sus ventajas– admite en su seno los hallazgos anteriores y es capaz de incorporar aportaciones nuevas. Ya antes se han ido introduciendo apuntes (así, el tratamiento de la polisemia en manos de la teoría del prototipo) que delataban aquí y allá la tesis fundamental de su autor: la completa compatibilidad de lo nuevo con lo anterior, pese a que haya quien considere necesario derribar esto para validar aquello. Pero es en el capítulo 5 donde aborda en conjunto ese recién llegado paradigma. Encontramos bajo el título «La Semántica cognitiva», un breve pero provechoso acercamiento a sus principales ideas: prototipicidad, iconicidad, gramática emergente y subjetivación o metáforas estructurales. El principal reproche –y no pequeño– que se puede hacer, fundamentalmente a la primera de ellas, es su desconocimiento de la semántica tripolar. Pero, pertrechado de una sólida formación lexicológica como la del autor, es posible acercarse a estas nuevas tendencias, entresacar sus aciertos fundamentales e iluminar con ellos algunas zonas oscuras. Y para mostrar cómo se hace, se recuperan ahora aspectos y ejemplos tratados en capítulos anteriores.

Sin duda el apartado más desarrollado es el correspondiente a las metáforas cognitivas, aspecto muy estudiado por el autor y de cuyos resultados sabíamos por trabajos anteriores. Y probablemente ello sea debido a su profunda capacidad de sugerencia y a su potencial. «La aplicación a una lengua clásica no sólo es posible, sino que nos brinda posibilidades inexploradas para el estudio de la formación de ciertas metáforas ya de larga historia cultural que hoy no son sentidas como tales» –afirma el autor (p. 99)– y, por tanto, aporta perspectiva histórica a una Historia de las ideas. Por otra parte R. López Gregoris¹, autora que también ha frecuentado estos temas, señala otra de sus ventajas: la posibilidad que brinda para estructurar un léxico en apariencia ajeno a estructura alguna. Pero es que, además, si la lexicología de corte coseriano nos ha facilitado herramientas clave para llegar a comprender la manera en que se estructura el vocabulario de una lengua, la aproximación cognitiva abre la puerta a las razones de una estructura concreta en un determinado corte sincrónico. Si bien, por lo que hasta el momento sabemos, el cam-

¹ *El amor en la comedia latina. Análisis léxico y semántico*, Madrid, Ed. Clásicas, 2002, pp. 164-s.

bio semántico no es predecible, en perspectiva diacrónica retrospectiva el concepto de metáfora nos permite explicar las causas de ciertos trasvases de elementos y contenidos semánticos. La idea evidentemente no es nueva y desde Bréal son muchos los filólogos que han ido realizando sus aportaciones. Y, sin embargo, la teoría de las metáforas «por medio de las que vivimos» confiere sistematización y jerarquía a unos procesos que, trascendiendo lo anecdótico, se encuentran en la médula de nuestros mecanismos cognitivos y permite, por ello, dar cuenta de las causas del cambio semántico, así como penetrar en los esquemas de pensamiento y en la visión del mundo de las sociedades antiguas, a través del entramado conceptual que dejan entrever sus lenguas. El nuevo paradigma, en su afán de agrupar disciplinas, viene a enriquecer el análisis estructural, pues propone unas justificaciones a relaciones entre los significados que antes se habrían rechazado por psicólogos y alejadas del estudio serio y científico. Y esta es la enseñanza que de él saca y nos transmite el autor. La Lingüística cognitiva aporta unas perspectivas y unas vías de reflexión nuevas y evita el estancamiento. Su carácter ecléctico, que el autor hace propio, permite incluir en el estudio del significado aspectos que sirven para dar explicaciones, quizá desde fuera, pero, desde luego, a hechos que nos incumben.

Más por no contravenir las convenciones del género que con gran fundamento, diremos, por otro lado, que en este repaso en el que no faltan alusiones a las aportaciones de otras disciplinas se echan en falta (dado lo amplio del título elegido) al menos unas breves referencias a conceptos que no suelen faltar en obras de este tipo (denotación y connotación, por poner un ejemplo), así como al estudio del contenido semántico de las estructuras superiores al léxico (semántica de la frase, intenciones ilocutivas o semántica textual), en las que el significado léxico de ciertos elementos posee igualmente un papel determinante y de las que empiezan a presentarse aplicaciones a la lengua latina. Sin embargo –y se justifica así el comienzo de este párrafo– el autor advierte ya desde la introducción su intención de tratar sólo algunos de estos conceptos, pues no se trata «ni de un manual, ni de una exposición absolutamente sistemática de todos los asuntos que conciernen a la semántica latina» (p. 13). Y, desde luego, esto que decimos no resta un ápice de validez a una obra que enseña cómo la Lingüística evita –o al menos debería evitar– encerrarse en compartimentos estancos, pues a cada paso resulta más evidente que los distintos niveles de la lengua se interrelacionan unos con otros, se interfieren mutuamente y forman un todo homogéneo y coherente. Y pasar por alto este aspecto supone un empobrecimiento de los estudios de la lengua.

Por lo demás, queda patente en toda esta *Introducción* una honda preocupación por cuestiones de la enseñanza del léxico; no en vano la encabeza una dedicatoria a sus alumnos. Todo en ella contribuye al espíritu didáctico que la anima: prosa ágil y clara, exposiciones accesibles, aligeradas en ocasiones de su peso teórico por medio de fragmentos de la cuantística hispanoamericana, ilustradas siempre con una gran profusión de ejemplos convenientemente traducidos y accesibles así a un público heterogéneo; incluso el aspecto formal (las tipologías empleadas, la división en apartados muy marcados visualmente, etc.) está a su servicio y permite una fácil lectura.

Quizá la Lexicología –la Lexicología latina– sea la más joven de las disciplinas tradicionales. Pero en ningún caso bisoña. La madurez que demuestra para seguir su propio camino, sola o en compañía de otras, se hace evidente en obras como esta.

Universidad Autónoma de Madrid

Luis UNCETA GÓMEZ
luisunceta@wanadoo.es